**UNA LECTURA CULTURAL DE LA ACCIÓN HUMANA ORGANIZADA A PARTIR DE LA TEORIA DE LOS NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES**

**Resumen**

Las organizaciones humanas de todo tipo están determinadas por la existencia de unos objetivos comunes a sus miembros y la resolución de una situación específica. Estos objetivos se manifiestan en variados sistemas de valores compartidos y en particulares culturas de organización. No obstante, gran parte de la literatura sobre el concepto *organización* ha analizado agrupaciones humanas muy definidas, formalmente constituidas e institucionalizadas. Las empresas y el aparato estatal, en particular, han sido analizados en repetidas ocasiones por dicha perspectiva. Este vacío teórico generó la aparición de teorías alternativas que han estudiado la manera como ciertas agrupaciones humanas y promotores políticos han escogido símbolos culturales para convertirlos en marcos para la acción colectiva.

Hoy, al panorama de las organizaciones que antes se centraban en los productos y la capacidad para producirlos, hay que agregar un enfoque que aborde los otros tipos de organizaciones con razones de corte cultural antes que material: los Nuevos Movimientos Sociales - NMS. Lo anterior en concordancia con una apuesta teórica y metodológica que pretende superar el reduccionismo de la preponderante producción intelectual sobre las organizaciones. Con esto, la teoría tradicional económico-administrativa, que suele atar la definición de ‘organización’ al lucro que pueda generar actuar en grupo, se queda sin piso al enfrentar las recientes manifestaciones de la acción social organizada.

**Palabras Clave**

Organización, cultura, nuevos movimientos sociales

**Introducción**

Época tras época, con el aumento de los niveles poblacionales en el mundo, se han multiplicado no sólo las cantidades sino las calidades de las organizaciones humanas que actúan en la esfera pública: organizaciones productivas –fundamentalmente las empresas-, organizaciones políticas -gobierno, partidos-, organizaciones religiosas -iglesia, sectas-, organizaciones sectoriales -sindicatos, agrupaciones universitarias-, hasta organizaciones intermedias de todo tipo -fundaciones, asociaciones vecinales- (Mora y Araujo, et.al, 2001).

Agrupadas en las últimas mencionadas, las organizaciones de la sociedad civil son apreciadas como instancias que pueden contribuir a mejorar e incluso resolver cuestiones clave en la vida de muchas personas (empleo, vivienda, educación, asistencia alimentaria, pobreza, cultura y arte, incluso vocería ante otras). Su accionar se inspira en la inquietud o molestia que genera una situación determinada y que ven en la acción colectiva una forma de contribuir a zanjar esa insatisfacción. Asimismo, aunque no todas las experiencias asociativas pueden considerarse absolutamente organizadas, muchas de ellas sí pretenden mantener en el tiempo los objetivos por los cuales surgieron.

Particularmente, en los últimos años las ciudades han presenciado la reiterada aparición de movimientos colectivos de todo tipo para reclamar o reivindicar los derechos que les corresponden: jóvenes, homosexuales, mujeres, desempleados y otros grupos poblacionales específicos intranquilizan el mundo que han querido vender los predicadores del modelo capitalista del siglo XXI. En años recientes, el escenario de la vida política de los países se ha visto convulsionado por estas manifestaciones que aparecen y desaparecen (aparentemente) con la misma rapidez con que los medios les otorgan o no relevancia en sus agendas informativas. Más allá de lo que se ve a simple vista, las luchas sociales han tenido distinta tipología, magnitud, carácter, duración, estructuración, de manera abierta o encubierta. Los ejemplos abundan:

*Egipto, enero de 2011:* Durante varios días una multitudinaria manifestación se aposta en la plaza Tahrir de El Cairo para exigir la salida de Hosni Mubarak, adueñado del gobierno egipcio por casi 30 años. Esta manifestación se suma a una serie de levantamientos (denominados la Primavera Árabe) que derrocaron regímenes perpetuados en Medio Oriente. *España, mayo de 2011:* Bajo el lema “Democracia real, ¡ya!” miles de jóvenes ocupan pacíficamente la plaza Puerta del Sol en Madrid para exigir una política alejada del partidismo tradicional y de los poderes de bancos y corporaciones financieras. Denominado el 15-M, este movimiento convocó al país para discutir el futuro de España. *Estados Unidos, septiembre de 2011:* Cientos de jóvenes acampan en parques de Manhattan, en New York, para reclamar el cambio en las medidas económicas y en la influencia de los grandes emporios mundiales en Wall Street, distrito bursátil más importante del mundo. Este movimiento social ha sido denominado Occupy Wall Street e inspiró una serie de protestas similares en varias ciudades norteamericanas. *Perú, noviembre de 2011:* Un grupo de jóvenes antitaurinos realizan un performance colectivo en la plaza San Martín de Lima para protestar en contra de la realización de la  LXV edición de la Feria del Señor de los Milagros en la Plaza de Toros de Acho. *Chile, abril de 2012:* Al igual que lo han hecho en los últimos meses, miles de bachilleres y universitarios salen a las calles de Santiago para exigir al gobierno calidad y gratuidad de la educación superior. *Brasil, junio de 2012:* Cientos de personas agrupados en la asociación de habitantes de Vila Autódromo se manifestaron en las calle de Rio de Janeiro para protestar contra las medidas estatales a favor de los procesos de gentrificación en esta y otras favelas a lo largo y ancho del país. La manifestación se hizo paralela a las sesiones de la Cumbre Río + 20, conferencia convocada por la ONU y que contó con la presencia de más de 190 líderes mundiales. *Colombia, diciembre de 2012:* En la ciudad de Medellín, la Mesa Interbarrial de Desconectados de Servicios Públicos Domiciliarios convoca a todos sus miembros a una marcha nocturna por las calles mejor adornadas con alumbrados navideños. Las fastuosas luminarias colocadas por la empresa estatal de servicios públicos domiciliarios más boyante de Colombia (Empresas Públicas de Medellín) son una paradoja frente a la situación de los desconectados de la ciudad, que pueden llegar a ser el 10% de sus habitantes.

Como éstas, las frecuentes manifestaciones sociales en las últimas décadas han proliferado en todo el mundo. Son recurrentes movilizaciones sociales que cada tanto tiempo salen a las calles a reclamar condiciones justas y reformulación de políticas estatales, y que se suman a las agrupaciones de trabajo comunal que han aparecido silenciosamente en barrios populares del Tercer Mundo. Las formas de exteriorización de estas colectividades son infinitas: desde el tradicional bloqueo pacífico de una vía, una marcha silenciosa, la realización de mitin en una plaza pública, la teatralización de una situación relativa al reclamo, e incluso un desnudo colectivo. Unas más ordenadas que otras, todas estas demostraciones colectivas responden a formas de acción grupal organizada apoyada en elementos de orden simbólico encaminados a lograr fines políticos y transformación social y cultural. Independientemente de su condición de movilización social o de movimiento social (Aguirre Rojas, 2008), o que logren o no su objetivo, el accionar de estos movimientos pone a tambalear, igualmente, la forma tradicional de definir y analizar el concepto de ‘organización’, que ha tenido ante todo inspiración administrativista. Con esto, en vez de entender la cultura de estas organizaciones desde supuestos totalizantes, se debe examinar los significados y las ideaciones particulares ligadas a lo colectivo desde las cuales los actores interpretan sus experiencias e interacciones, y con las cuales orientan su comportamiento. Ya lo dice Carlos Aguirre Rojas: “Cada movimiento o forma de protesta y de lucha social, debe siempre ser estudiado en su particular contexto, en su especificidad histórica singular, en su línea evolutiva concreta, y en sus circunstancias y curvas de desarrollo determinadas” (2008: 11).

**La plasticidad de la acción colectiva**

Aunque hasta hace unas décadas, los diferentes tipos de organizaciones humanas no eran considerados como un objeto de estudio en las Ciencias Sociales, hoy día el análisis de la actuación de organizaciones sociales y comunitarias ha puesto sobre la mesa la necesidad de un abordaje teórico plural (Torres Carrillo, 2004). Un desafío intelectual que hace necesario repensar el término *organización* a la luz de las nuevas manifestaciones, desde una perspectiva que no se concentre sólo en las actuaciones con fines monetarios, sino en los propósitos culturales o políticos de las reeditadas agrupaciones humanas. Esto lleva a pensar que la tradicional teoría acerca de las organizaciones es insuficiente ante una contemporaneidad que diluye los presupuestos modernos más arraigados.

Entender el término *organización* se plantea hoy, entonces, como un reto al enfrentar una literatura en la que predominan las lecturas administrativistas (léase empresariales) de estas. Un panorama reducido que desconoce la multiplicidad de formas sociales organizadas que existen actualmente. Desde una óptica más amplia, la definición de *organización* debe tener una explicación mucho más cultural que tenga en cuenta todas las formas de actuación colectiva cualesquiera sean los propósitos que estas tuvieron en el pasado, o tienen en el presente[[1]](#footnote-1).

A diferencia de las organizaciones con fines lucrativos (donde el factor dinero es la contraprestación dada a los miembros de estas organizaciones por su trabajo), en las organizaciones sociales de hoy la retribución material trasciende lo anterior: en ellas, el individuo interviene, más que por lucro, porque se siente identificado con los objetivos, propósitos, actividades, metas y resultados, obtenidos y perseguidos por cada agrupación. En tal sentido, Michel de Certeau ha dicho que “el programa que elabora un grupo se traduce ante todo por una constelación de referencias. Pueden no existir más que para sus integrantes, sin que sean reconocidas por el resto. No son por ello menos reales e indispensables, dado que existe la comunicación” (1999: 30).

A partir de estas nuevas maneras de “estar en el mundo”[[2]](#footnote-2), Jesús Martín-Barbero considera que los particulares procesos sociales en Latinoamérica obligan a reformular los análisis de estas múltiples realidades desde una lectura “no lineal ni progresiva sino un desciframiento de sus modos de durar, de sus tenaces lentitudes y de sus subterráneas permanencias, de sus súbitos estallidos y sus inesperadas reapariciones” (2010: 40). Estos procesos son para Castells (1998) el testimonio que ayuda a entender las nuevas identidades en el mundo de la era de la información y en el que la lucha por el poder se relaciona con los códigos culturales de la sociedad. De allí que diferencie entre *Identidad legitimadora* (enlazada a las instituciones dominantes), *Identidad de resistencia* (opuesta a la anterior), e *Identidad proyecto* (la construcción de una nueva identidad). Particularmente frente a la última, Castells afirma: “Las nuevas identidades proyecto no parecen surgir de antiguas identidades de la sociedad civil de la era industrial, sino del desarrollo de las identidades de resistencia actuales. Creo que existen razones teóricas, así como argumentos empíricos, para esa trayectoria en la formación de nuevos sujetos históricos” (citado por Alsina, 2002: 30-31). Así, en la denominada *Sociedad Red* (Castells, 1998) se entrecruzan la racionalidad económica basada en los flujos globales de riqueza, tecnología, información y poder; y el mundo intersubjetivo de las identidades enraizadas al territorio y las tradiciones. Un mundo paradojal que se convierte en escenario de múltiples expresiones colectivas.

Esta paradójica realidad contemporánea genera el desarme en la rigidez de las pertenencias políticas, lo que ha posibilitado lealtades más móviles y colectividades más abiertas. Precisamente a eso apunta Martín-Barbero cuando señala que las reclamaciones sociales inspiradas en las redefiniciones culturales han llevado a una crisis de la representación. “Lo que los nuevos movimientos sociales y las minorías –las étnias y las razas, las mujeres, los jóvenes o los homosexuales – demandan, no es tanto ser representados sino reconocidos: *hacerse visibles socialmente en su diferencia*. Lo que da lugar a un modo nuevo de ejercer políticamente sus derechos” (Lechner, citado por Martín-Barbero, 2010: 47).

Así, la racionalidad instrumental de la Modernidad se ha visto vulnerada por una complejidad social que introduce múltiples y nuevas representaciones y significados para los contemporáneos. En otros términos, los postulados de la Modernidad están presentando vacíos frente a la aparición de posmodernas modalidades de operación organizada, que desdibujan los modelos racionales producto de la industrialización, y que aún hoy se resisten a su cuestionamiento. “En la posmodernidad, las organizaciones son expresiones de poder autónomo donde se fomenta la indeterminación entre las unidades, la permeabilidad, la comunicación y el juego libre en la utilización de sus competencias esenciales. Por otra parte, y dada la plasticidad de los tiempos, en su seno prevalece el *simbolismo*, hablándose de cultura, imágenes, signos y metáforas” (De Val Pardo, 1997: 56).

Al respecto, vale citar la definición que David Snow y Robert Benford dan sobre *marco para la acción colectiva* en los actuales movimientos sociales: “Es un esquema interpretativo que simplifica y condensa el ‘mundo de ahí fuera’ puntuando y codificando selectivamente objetos, situaciones, acontecimientos, experiencias, y secuencias de acciones dentro del entorno presente o pasado de cada uno” (citado por Tarrow, 1997: 214). Para Sidney Tarrow, estos *marcos* actúan como dispositivos de acentuación que subrayan o redefinen como injusto o inmoral lo que previamente era considerado desafortunado, aunque tal vez tolerable. Cada movimiento social señala agravios, los vincula a otros, y construye marcos de significado más amplios. Así, los organizadores relacionan sus objetivos con las predisposiciones de su público destinatario (Tarrow, 1997).

**Apuntes de sociología tradicional de las organizaciones**

La teoría clásica de la sociología de las organizaciones parte de estudiar científicamente el industrialismo. Aparece a mediados del siglo XIX y se fortalece a inicios del XX. Desde Comte y Spencer, con su comunidad de intereses; hasta Durkheim, con su análisis de la división del trabajo que produce la solidaridad mecánica (sociedades antiguas) y solidaridad orgánica (sociedades modernas). Pero es Max Weber quien propone la racionalidad y la burocracia como base de la organización de la sociedad industrial. A la luz de la teoría weberiana, el capitalismo moderno “aparece y se desarrolla como un fenómeno de racionalidad económica que hace posible la extensión de la economía monetaria y se ve favorecido por la acción del poder político” como parte de un sistema de autoridad legal racional (Lucas Marín y García Ruiz, 2002: 105).

El tipo ideal de organización para Weber era el que respondiera al perfil burocrático, pues “al despersonalizarse y contar con mecanismos de coordinación y control, desarrolla un comportamiento racional que garantiza la jerarquía de autoridad, un sistema de reglas y el control de las actuaciones individuales” (De Val Pardo, 1997: 63-64). No obstante, Isabel de Val Pardo aclara que Weber sólo utilizó el término *burocracia* para analizar los efectos de los distintos tipos de dominación y sus correspondientes organizaciones administrativas. Asimismo, en la obra del sociólogo alemán “no hay una distinción clara entre organización y administración” (De Val Pardo, 1997: 54).

Más allá de lo explicado por Weber, los avances de la Revolución Industrial a inicios del siglo XX generarían sus propios teóricos: el norteamericano F.W. Taylor, ingeniero antes que sociólogo, fue el primer estudioso de la llamada *organización científica del trabajo*. Para él, el esquema estímulo-respuesta era aplicable a las empresas: el estímulo era el salario y la respuesta era el trabajo brindado por los obreros para beneficio del empresario. Premios y castigos, así como la disposición de las herramientas necesarias para el mayor rendimiento, están incluidos en el taylorismo. De allí, su perversa evaluación del rendimiento laboral a partir del tiempo invertido en la fabricación de productos, como respuesta a la inquietud de Taylor por solucionar los problemas de productividad. Esto le mereció el reconocimiento como uno de los pioneros del ‘*managment* científico’. Henri Fayol, y posteriormente Lyndall Urwick serían importantes teóricos del taylorismo en Europa (Lucas Marín y García Ruiz, 2002). A partir de la combinación de diferentes perspectivas disciplinares tales como la ingeniería, la psicología y la administración pública, nacía por entonces el estudio de las organizaciones que llevaría a la perspectiva teórica general denominada Teoría de las Organizaciones, un “subproducto” de la Sociología de la Organizaciones (De Val Pardo, 1997), la cual tuvo gran auge en Estados Unidos durante la posguerra, a partir de los escritos de Merton, Gouldner, Selznick y Blau, quienes, a su vez, basaron sus propuestas en la burocracia weberiana. Allí se encuentran los fundamentos de la línea fuerte de la teoría administrativista de las organizaciones.

Para Luis Montaño Hirose, la Sociología de las Organizaciones pertenece, precisamente, a un conjunto de aproximaciones teóricas que desde hace varias décadas ha tratado de explicar la dinámica social de la organización. Sin embargo, su inscripción en la corriente positivista y su orientación funcionalista, al tiempo que los cambios propios de las épocas, han provocado el desgaste de sus marcos analíticos y explicativos, y su revisión a partir de la década de los 70. Lo anterior, según Ibarra y Montaño, fue producto de una falta de reflexión sistemática del fenómeno organizacional, “sobre bases teórico-metodológicas derivadas de la lectura crítica de la teoría de la organización” (Medina Salgado, 2007: 11-12).

En ese sentido, para el caso de México, Cesar Medina Salgado[[3]](#footnote-3) ha dicho que la teoría administrativa, aleccionada por la escuela norteamericana, ha mostrado un sesgo tecnicista, despojado de toda reflexión teórica: aunque se reconocen los “innegables” avances de la teoría administrativa en el análisis de las organizaciones, en ella no se percibe un objeto de conocimiento con fuertes bases epistemológicas (Cruz Kronfly, 2002: 112). Para Cruz Kronfly, la introducción de elementos imaginarios con apariencia de coherencia, ha producido un ilusorio efecto científico[[4]](#footnote-4). Así, la ausencia de pilares consolidados en esta disciplina, permanentemente la hacen susceptible de quedar atrapada por las modas[[5]](#footnote-5).

En la teoría tradicional de las organizaciones con fines lucrativos se articulan propietarios del capital, recursos físicos o tecnológicos, fuerza de trabajo, y el producto. En ella los objetivos de los dueños de la empresa se convierten en la misión y visión de la organización (Cruz Kronfly, 2002). Vista desde esa óptica, es muy difícil que los análisis sobre las organizaciones humanas puedan llegar a conclusiones alejadas de conceptos como eficiencia, eficacia y efectividad. Aunque varios escritores abrieron el camino a nuevas escuelas para hacer más humanas las reflexiones descarnadas del taylorismo, para Cruz Kronfly estas posteriores escuelas simplemente desarrollaron “formas más eficaces para convertir al hombre en una máquina, en una pieza más dentro de la organización de la producción, aunque cuidándose de utilizar una terminología capaz de evidenciar esa condición” (Cruz Kronfly, 2002: 147).

**La perspectiva de la teoría de los NMS**

En 1979 el reconocido sociólogo norteamericano Charles Tilly sustentaba en *Social Movements and National Politics* que un movimiento social “es una serie mantenida de interacciones entre quienes ostentan el poder y personas que afirman con credibilidad representar a grupos desprovistos de representación formal, en el transcurso de la cual esas personas plantean públicamente exigencias de cambios en la distribución o el ejercicio del poder, y respaldan esas exigencias con manifestaciones públicas de apoyo” (Citado por Tarrow, 1997: 69). Esta definición empezaba a mostrar los ajustes en la teoría acerca de los movimientos sociales. Hasta entonces, la teoría sobre los movimientos sociales había seguido a pie juntillas las ideas que desde mediados del siglo XIX postularon los padres de la sociología como Marx, Durkheim y Weber; así como los ensayos sobre sicología de masas de Tarde, Le Bon y Freud, a finales del XIX e inicios del XX (Riechmann y Fernandez Buey, 1995). Más recientemente -durante la década de los 60 del siglo XX-, la Escuela de Chicago[[6]](#footnote-6) orientó los estudios de teoría social que predominaron en los Estados Unidos (Riechmann y Fernandez Buey, 1995).

Sin embargo, como lo expone Mauricio Archila, los ritmos teóricos acerca de los movimientos sociales en Latinoamérica en las últimas décadas, tuvieron perspectivas particulares: primero en la década de los 50 fue el discurso desarrollista, luego el marxismo leninismo en los 60. En los 70 se hizo un viraje que ya no sólo consideraba a los obreros los principales actores sociales sino también todo el conjunto de clases explotadas, propio del marxismo maoísta. Más tarde, en la década de los 80, se relee a Gramsci, y a teóricos neomarxistas como Manuel Castells, Jordi Borja y Jean Lojkine, pero fundamentalmente a Alain Touraine quien definió a los movimientos sociales como la acción colectiva “orientada a la implementación de valores culturales centrales contra los intereses e influencias de un enemigo definido en términos de relaciones de poder. Un movimiento social es una combinación de conflictos sociales y de participación cultural" (Touraine, citado por Vargas, 2003: 530).

Llama la atención que en la década de los 80 aparecieran dos enfoques para la investigación de los movimientos sociales (Laraña, 1999): la basada en autores estadounidenses que postulaban la *movilización de recursos* “para explicar las razones por las que un individuo se sumaba o no a la acción social colectiva”; y la basada en autores europeos, más inclinada a indagar “por los aspectos culturales y simbólicos” de los movimientos sociales (Archila y Pardo, 2001: 30-31). De los dos enfoques, el primero no analiza suficientemente la forma como la orientación ideológica de estos movimientos ha influido en sus acciones. Por ello, el enfoque de los NMS –de corte europeo- es más cercano a las subjetividades de los agentes sociales contextualizados en circunstancias de orden local. Todo lo anterior se debió a que las nacientes expresiones colectivas transformaron las formas de movilización social, a partir del cambio en las reclamaciones de las gentes y las reflexiones surgidas de una mirada distinta de las respectivas realidades, en la que los NMS son una estructura-marco de actuación en grupo. En otros términos, “gente que actúa junta de una forma determinada” (Clemens, 1999: 289), una definición concreta y dispuesta a las diversas circunstancias, explícitas o implícitas, de estas agrupaciones en diferentes puntos del planeta.

La sociología reconoce dos grandes dimensiones para la regularización de la conducta: a) la acción orientada por intereses b) la acción orientada por normas. De igual manera, los principios de organización que pautan la acción social son la reciprocidad, la solidaridad, el parentesco, el mercado, la división social del trabajo, la honra social, la pureza social, y la propiedad privada. Sin embargo, Fernando Uricoechea (2002) ha criticado ciertas nociones de organización centradas más en el proceso que en la estructura, cuando en realidad las formas de organización generan modos particulares de conducta, maneras apropiadas de actuar en el seno de ciertos contextos sociales. Hoy la base de los NMS es horizontal, los procesos comunicativos internos a ellos son mucho más circulares, y desafían las jerarquías propias de los sistemas tradicionales de organización.

La posición de Uricoechea coincide con las críticas de Rutch (1999) a los investigadores de organizaciones humanas que se empeñan en usar la perspectiva administrativista para hacer sus análisis. Específicamente, Rucht ha señalado que a raíz de la generalizada práctica de observadores externos que tienden a dar mayor peso a los elementos más perceptibles o accesibles de estas agrupaciones, se pierde de vista los experimentos organizativos, las formas flexibles de cooperación, o las diferentes manifestaciones estructurales. Acerca de este último elemento, dice:

*“La estructura como tal no es algo susceptible de observación. Es algo creado por los investigadores que constatan la existencia de principios de regularidad y orden extraídos de piezas de información observables que muestran la existencia de un modelo común. La estructura es, por definición, una configuración relativamente estable de elementos. Permanece aunque se den ciertos cambios en algunos de los elementos individuales que la componen. Por ejemplo, en una sociedad podemos constatar la existencia de clases sociales, o en el seno de un grupo pequeño podemos apreciar que hay jerarquías informales. Por tanto, la noción de estructura implica: 1. Un punto de referencia (como la distribución del poder, la riqueza o los roles), y 2. La asunción de que existe algún tipo de mecanismo social o principio organizativo que mantiene el patrón a lo largo del tiempo”* (Rutch, 1999:267-268).

Así, la estructura interna de un grupo social es el resultado de la dinámica organizativa implícita. En un intento por capturar el elemento organizativo, Kriesi (1999) propone dos indicadores de dicha estructura: *el grado de formalización* y el *grado de profesionalización*. El primero se verifica a través del estatus legal, la existencia de criterios formales de afiliación, el cumplimiento de tareas institucionalizadas. El segundo se mide por el número de personas a sueldo de la organización. Kriesi asegura que el grado de formalización “está en función directa de la edad y el número de afiliados, pero no de los recursos financieros. Es la complejidad inherente a los grandes números de afiliados la que ejerce presión hacia la formalización. A su vez, se puede demostrar que la formalización no es más que el primer paso hacia la profesionalización” (1999: 248). Cuanto mayor sea el número de miembros y de recursos financieros disponibles, mayor será la necesidad de profesionalización, “pero también de los medios que se requieren para llevarla a cabo” (Kriesi, 1999: 248).

A su turno, Tarrow hace unas recomendaciones para analizar la toma de decisiones de los movimientos transnacionales, invitación que se puede retomar adaptada a las organizaciones sociales continentales. Dice Tarrow: “Si deseamos aprender algo sobre la forma que adopta la toma de decisiones, debemos comenzar haciendo un recuento de las *metas específicas* que persiguen, del *tipo de partidarios* con los que cuentan, de la *fase del ciclo* en el que surgen y de las conexiones que establecen con formas de organización, estrategias y modos de acción colectiva transnacionales” (Tarrow, 1999: 88). Con esto, los postulados de organización y cultura de la corriente tradicional administrativista se debilitan al momento de aplicarse a los NMS en general, y mucho más a las acciones colectivas propias de la realidad latinoamericana (Medina Salgado, 2007), particularmente porque pretenden instrumentalizar la cultura y la comunicación basados en teorías como la Teoría de Sistemas y el Funcionalismo, que en palabras de Armand Mattelart y Michelet Mattelart, comparten un mismo concepto fundamental: el de función, “que denota la primacía del todo sobre las partes. Es decir, la ambición del sistemismo consiste en atender a la globalidad, a las interacciones entre los elementos más que a las causalidades, en comprender la complejidad de los sistemas como conjuntos dinámicos con relaciones múltiples y cambiantes” (Mattelart y Mattelart, 1997: 44). No se debe perder de vista que los repertorios de organización varían según los grupos en el seno de la sociedad, ya sea entre sociedades o en el tiempo, entendidos estos como formas “de aptitud cultural” (Clemens, 1999: 296).

Para Rucht (1999), los actuales movimientos sociales son -junto a los grupos de interés y los partidos políticos-, uno de los tres tipos básicos de agentes de movilización organizada. Pero mientras los grupos de interés y los partidos políticos suelen ser, por lo general, organizaciones formales y excesivamente esquemáticas, “lo típico de los movimientos sociales es que carezcan de reglas formales para definir nítidamente los criterios de afiliación o para regular los procedimientos internos” (1999: 265). Y agrega Rucht: “Los movimientos sociales no tienen constituciones, no existe en ellos una división formal de tareas o funciones; prácticamente no cuentan con medios para crear una organización uniforme y coherente y pueden integrar componentes organizacionales bastante heterogéneos” (1999: 265). En ese sentido, vale preguntarse acerca del sostenimiento de estas organizaciones cuando muchas de ellas sólo están permanente impulsadas por unas cuantas personas, o han adelantado actividades de proyección social sin el apoyo de tradicionales instituciones públicas o privadas. Incluso en ocasiones muchos de los miembros de estas organizaciones no reciben mayor retribución que el agradecimiento del sector poblacional por quien trabajan, y rara vez sus actividades generan ganancias personales inmediatas. Al respecto Jorge Riechmann asevera: “La investigación empírica muestra que los objetivos ideológicos y colectivos pesan más que los cálculos egoístas para motivar a los individuos a que participen en grupos ambientalistas, protestas antinucleares y otras formas de acción colectiva” (Riechmann y Fernandez Buey, 1995: 22). En tales casos, ¿se podría explicar la existencia de estas agrupaciones a la luz del enfoque de elección racional weberiano aplicable a otras organizaciones?, ¿cómo comprender la larga existencia de ilíquidas organizaciones barriales en distintos países del mundo?

**El preponderante factor simbólico de las organizaciones sociales**

Conocedor de los avances de la Revolución Industrial, Max Weber había explicado que el proceso de la *racionalidad* en Occidente consistía en la generalización de un tipo de acción racional específico guiado por el criterio fundamental de la eficacia (Lucas Marín y García Ruiz, 2002). El alemán distinguía varios tipos de acción social: racionalidad práctica, racionalidad teórica, racionalidad sustantiva, y racionalidad formal. De allí se desprendía que si la empresa capitalista había logrado un nivel de eficacia jamás conocido en la historia humana era precisamente “porque ha dado con una organización racional (es decir, burocrática) del trabajo” (Lucas Marín y García Ruiz, 2002: 110).

Los principios clave de la burocracia, inspirados en la racionalidad formal, eran los siguientes:

1. Es una organización continua de funciones oficiales (cargos) limitadas por reglas
2. Cada cargo tiene una esfera de competencias limitada
3. Los cargos están organizados en un esquema jerárquico
4. Las personas que ejercen los cargos podrían requerir la cualificación técnica necesaria para ejercerlos.
5. Ni los cargos ni los medios de producción son de las personas, sino de la organización.
6. Las decisiones, actos y reglas son formulados y registrados por escrito.

De esta manera, la racionalidad formal implicaba una preocupación por las elecciones que hacen los actores entre medios y fines. En este supuesto “la elección está relacionada con las reglas, las regulaciones y las leyes universalmente aplicadas. Estas, a su vez, se derivan de diversas estructuras de gran envergadura, especialmente la burocracia y la economía” (Ritzer, 2002: 37). Con los años la teoría de la elección racional desencadenaría diversos postulados, directa o indirectamente relativos a ella, que incluso en los casos de análisis acerca de la toma de “decisiones difíciles” por parte de las personas, aplicaron el esquema económico *costo-beneficio* a la totalidad del comportamiento humano (Burke, 2007). Entre ellos la denominada *privación relativa* (relative deprivation), que según autores como Ted Gurr, surge debido a los sentimientos de privación emergidos en un contexto socioeconómico desventajoso lo que produce violencia política y agresiones contra el *establishment*. Sin embargo, las protestas de Mayo del 68 dejaron “bastante perplejos” a los sociólogos marxistas y behavioristas pues precisamente no correspondieron a dicho principio racional (Riechmann y Fernandez Buey, 1995: 19). Es así que la tendencia teórica de los NMS no considera a estos como rebelión de los marginados, sino como acción colectiva desde el centro:

*“Los activistas en los NMS a menudo experimentan intensos sentimientos en relación con su causa, pero dichos sentimientos no responden a las emociones primordiales de frustración/agresión que engendraron revueltas del hambre y protestas contra los impuestos en el siglo XVIII, o movimientos revolucionarios en el XIX. Además, los estudiantes rebeldes y los activistas medioambientales no proceden mayoritariamente de las filas de los desposeídos sociales. En pocas palabra, se trata de movimientos predominantemente de clase media, cuyos miembros son beneficiarios del orden sociopolítico existente” (*Dalton, Küchler y Bürklin, citado por Riechmann y Fernandez Buey, 1995: 20)

En este orden ideas, autores como Jorge Alonso sugieren adoptar una óptica compresiva de las actuales condiciones sociales en la que se combine el rigor teórico y la flexibilidad epistemológica: “La repetición de esquemas sólo conducirá a no apreciar los cambios o los fenómenos emergentes”. Pero aclara que no se trata de caer en modas simplistas sino en “elaborar un sólido y nuevo lenguaje” (citado por Reguillo, 1994: 100). Por su parte, Rossana Reguillo propone interrogarnos por las maneras en que los actores sociales “perciben y estructuran la realidad y por los modos en que se relacionan hacia dentro del mismo movimiento y hacia afuera, con sus pares y con los poderes” (1994: 104). Y más adelante reitera Reguillo: “El reto estriba en aprender de esas luchas simbólicas – y a veces no tan simbólicas – fragmentadas y parciales, y ver en su interior lo que aportan en términos de relación, organización, comunicación, de cara al futuro” (1994: 106).

En general, las organizaciones humanas de hoy, como la realidad misma, son complejas, plurales, dinámicas y multidimensionales; albergan una gran variedad de perspectivas, maneras de llevar a cabo las tareas e interpretar las experiencias en relación al sistema que estimula la diversidad. “Difícilmente se dejan encasillar en modelos simples, ya que precisamente, lo simple impide ver la dimensión humana de las organizaciones, sus culturas” (Colobrans, 1996: 262). Así, la experiencia organizativa se convierte en un espacio de sentido a nivel individual, grupal y social; o como dirían Berger y Luckman, la acción organizativa se convierte en un “complejo de significados subjetivos” (citado por Torres Carrillo, 2004: 11). De allí que reiteremos que en muchas organizaciones sociales la retribución más que material, es simbólica. Una realidad social que supera postulados relacionados con la elección racional weberiana y el eficientismo taylorista.

Por el contrario, la teoría sobre Nuevos Movimientos Sociales – NMS- ha dicho que estos movimientos sociales expresan un estilo de acción no convencional, basada en la acción directa. Cuando la organización de un movimiento social escoge símbolos para enmarcar su mensaje, establece un curso estratégico entre su entorno cultural, sus oponentes políticos, y los militantes y ciudadanos de a pie cuyo apoyo necesita. Asimismo, tiende a que sus prácticas estén vinculadas a sus fines políticos y culturales, y reediten de alguna manera lo que ha sido, consciente o inconscientemente, su historia colectiva de luchas y éxitos. En ese sentido, sus prácticas organizativas están respaldadas en la toma de decisiones de forma participativa, en una estructura descentralizada y su discrepancia frente a las formas organizativas típicas de las democracias industriales occidentales (por ejemplo, grupos religiosos o partidos políticos). “Puesto que la identidad y las acciones de un movimiento están ligadas a modelos organizativos concretos, se puede decir, que los movimientos al actuar desplazan modelos organizacionales de una esfera vital a otras” (Clemens, 1999: 300).

Aunque se reconoce la presión de factores económicos domésticos, el individuo permanece porque se siente identificado con los objetivos grupales, de donde se desprenden todos los elementos relacionados con actividades, metas y resultados. “Los movimientos enmarcan su acción colectiva en torno a símbolos culturales escogidos selectivamente en un baúl de herramientas cultural que los promotores políticos convierten creativamente en marcos para la acción colectiva” (Swidler y Laitin citado por Tarrow, 1997: 209-210). Ese factor simbólico es el elemento clave de distinción de estas agrupaciones, no sólo frente a otras organizaciones sino a los individuos a los que pretenden llamar la atención[[7]](#footnote-7). Tanto la acción individual como la colectiva cobran forma “según lo que la gente cree que debe ser una actuación correcta”. Se realizan formas de acción conocidos a nivel práctico, “así como aquellos tipos de actuación que están imbricados en la organización institucional del poder y los recursos” (Clemens, 1999: 319).

Así, el reto de esta perspectiva culturalista de la *organización* no sólo es indagar por qué hay asociaciones de este tipo, sino cuál es el espíritu que alienta a muchas de estas agrupaciones, que a pesar de no ser “beneficiarios” del *statu quo*, se mantengan en su lucha desde zonas marginales de las grandes capitales, pero no en contra del capitalismo (como lo pretendían los viejos movimientos sociales) sino utilizando las mismas herramientas que este les da. Esto podría verse explicado por la ejecución de ciertas estrategias de resistencia silenciosa, promovidas por la capacidad de sobrevivir y mantener vínculos e identidades en contextos adversos. Es decir, que en ellos se articulan voluntades y esfuerzos para solucionar problemas cotidianos o para hacer viables proyectos comunes que fortalezcan la actuación pública de las mayorías. “Los movimientos sociales no sólo han logrado en algunas instancias transformar sus agendas en políticas públicas y expandir las fronteras de la política institucional, sino también, muy significativamente, han luchado por otorgar nuevos significados a las nociones heredadas de ciudadanía, a la representación y participación política, y como consecuencia, a la propia democracia” (Escobar, Alvarez, y Dagnino, 2001: 18).

**A manera de conclusión**

Gracias a las fisuras de la sociedad globalizada y los avances de las tecnologías de información, hemos presenciado, como testigos directos o indirectos, múltiples movilizaciones sociales que se han extendido alrededor del mundo. Sus reclamaciones y reivindicaciones han surgido en escenarios particulares donde las imperfecciones económicas, políticas o sociales se han hecho intolerables. Precisamente, el surgimiento de los Nuevos Movimientos Sociales parte del funcionamiento del sistema socio-económico vigente, las motivaciones individuales y las capacidades organizativas de los grupos sociales (Tarrow, 1999). Esto nos lleva a reflexionar acerca de las formas que adopta la actuación grupal, así como los modos típicos de teorizar acerca ellas. En particular, los Nuevos Movimientos Sociales – NMS- son las configuraciones humanas de trabajo coordinado más recientes en el mundo, y los que mejor expresan el capital social existente en cada nación. Adoptar la acepción de NMS como columna vertebral del análisis de estas agrupaciones, pone el reto de redefinir este concepto al que de manera acrítica se le ha aceptado a la luz de las teorías administrativistas (de inspiración weberiana), y en las que no se capta “el rico y variado diálogo sobre formas organizativas que tiene lugar en el seno de los movimientos sociales”. En otros términos, el *cómo* de la organización ha sido siempre algo secundario respecto del *por qué* y el *para quién* (Clemens, 1999: 288).

La compleja realidad contemporánea obliga a las Ciencias Sociales a pensar las maneras como la cultura se involucra en el proceso colectivo, su incesante producción de significados que moldea la experiencia social y configura las relaciones sociales. “Ya la lucha social no se explica meramente por las contradicciones en la esfera productiva o, cuando más, en la distribución y consumo. Dimensiones culturales y simbólicas entran en la agenda de los actores sociales y en la mente de los investigadores. La construcción de identidades en los actores colectivos cobra importancia y hay más sensibilidad intelectual a las diferencias de género y étnicas” (Archila y Pardo, 2001).

En suma, esta nueva perspectiva teórica introduce la necesidad de trabajo interdisciplinario para interpretar, explicar y establecer las nuevas dinámicas sociales. La crisis en las Ciencias Sociales está en parte alimentada por el debilitamiento de sus objetos y métodos de análisis; acercarnos a comprender el mundo que nos rodea implica persuadirnos de que la esencia de la Ciencia Social hoy se basa en la comprensión de lo significativo. Por ello decimos, con Cliffort Geertz, que “el análisis de la cultura no es una ciencia experimental en busca de ley, sino una ciencia interpretativa en busca de significados” (Allaire y Firsirotu, 1992: 21), lo que implica la reformulación de los actores sociales y la oportunidad de “dar origen a nuevas construcciones que nos aproximen de forma más compleja y rica a ella” (Archila y Pardo, 2001: 33).

**Bibliografía**

ABRAVANEL, Harry, et.al.(1992) *Cultura Organizacional: Aspectos teóricos, prácticos y metodológicos*, Bogotá, Legis

ALLAIRE, Yvan, y FIRSIROTU, Mihanela (1992). *Teorías sobre cultura organizacional.* En: ABRAVANEL, Harry, et.al. Cultura Organizacional: Aspectos teóricos, prácticos y metodológicos, Bogotá, Legis

AGUIRRE ROJAS, Carlos (2008). *Prefacio* En: WALLERSTEIN, Immanuel. Historia y dilemas de los movimientos antisistémicos, México, Contrahistorias

AKTOUF, Omar (2002). *El simbolismo y la cultura organizacional: de los abusos conceptuales a las lecciones de campo.* En: Ad-minister: Revista de la Escuela de Administración. EAFIT. Medellín, número 01, julio-diciembre, pp. 63-93

ALSINA, Miquel Rodrigo (2002). *Teorías de la comunicación: ámbitos, métodos y perspectivas.* Valencia, Universitat de Valencia

ANDREWS, Steven B., BASLER, Carleen R. y COLLER, Xavier (2002). *Redes, cultura, e identidad en las organizaciones.* En: Revista Española de Investigaciones Sociológicas, Madrid, número 097, enero- marzo, pp. 31-56

ARCHILA, Mauricio y PARDO, Mauricio –Ed- (2001). *Movimientos sociales, Estado y democracia en Colombia.* Bogotá, Universidad Nacional de Colombia

BORJA, Jordi (2003). *La ciudad conquistada,* Madrid, Alianza

BURKE, Peter (2007). *Historia y teoría social.* Buenos Aires, Amorrortu

CADENA, Jorge, MILLAN, Margara, SALCIDO, Patricia –Coord- (2005). *Nación y movimiento en América Latina.* México, Siglo XXI

CAMACHO MONGE, Daniel (2004). *El debate sobre los movimientos sociales aquí y ahora.* En: Revista de Ciencias Sociales, número 106

CASTELLS, Manuel (1998). *La era de la información: economía, sociedad y cultura,* Madrid, Alianza

COLOBRANS, Jordi (1996). *Ensayos de antropología cultural,* Barcelona, Ariel

CLEMENS, Elisabeth (1999). *La organización como marco: identidad colectiva y estrategia política en el movimiento sindicalista norteamericano. 1880-1920.* En: MC ADAM, Dough, MC CARTHY, John D., y ZALD, Mayer N- editores-. Movimientos sociales: Perspectivas comparadas. Madrid, Ediciones Istmo

CRUZ KRONFLY, Fernando (2002). *Hacia una redefinición del concepto de organización.* En: De lo humano organizacional. GALVIS PARRASI, Harold –comp.- Cali, Universidad del Valle

CRUZ KRONFLY, Fernando, ATKOUF, Omar (2003). *El lado inhumano de las organizaciones.* Cali, Universidad del Valle

DALTON, Russell y KUECHLER, Manfred –Editores- (1992). *Los nuevos movimientos sociales: un reto al orden político.* España, Edicions Alfons el Mangnànim

DAVILA, Anabella, MARTINEZ, Nora. -coord.- (1999) *Cultura en organizaciones latinas.* México, Siglo XXI

DE CERTEAU, Michel (1999). *La cultura en plural.* Buenos Aires, Nueva visión

DE PIERO, Sergio (2005). *Organizaciones de la sociedad civil: Tensiones de una agenda en construcción.* Argentina, Paidós

DE VAL PARDO, Isabel (1997). *Organizar: Acción y efecto.* Madrid, Editorial Esic

DE LA GARZA TOLEDO, Enrique -coord.- (2006) *Tratado latinoamericano de sociología.* España, Anthropos

ESCOBAR, Arturo, ALVAREZ, Sonia, DAGNINO, Evelina –editores- (2001). *Política cultural y cultura política: Una nueva mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos.* Bogotá, Taurus - ICANH

GIRALDO, Fabio, VIVIESCAS, Fernando –comp- (1998). *Pensar la ciudad.* Bogotá, Tercer Mundo

HELLRIEGEL, Don, SLOCUM, John, WOODMAN, Richard (1999). *Comportamiento organizacional.* Mexico: Thompson editors

HUTCHINSON, John G. (1970). *Organizaciones: Teoría y conceptos clásicos.* México, Continental

JOHANSEN BERTOGLIO, Oscar (1982). *Autonomía de la empresa: Una teoría general de las organizaciones sociales.* México, Limusa

KRIESI, Hans Peter (1999). *La estructura organizacional de los nuevos movimientos sociales en su contexto político.* En: MC ADAM, Dough, MC CARTHY, John D., y ZALD, Mayer N- editores-. Movimientos sociales: Perspectivas comparadas. Madrid, Ediciones Istmo

LACLAU, Ernesto (1987). *Los nuevos movimientos sociales y la pluralidad de lo social.* En: Revista Foro. Bogotá. No 4, noviembre. pp. 3-11

LARAÑA, Enrique (1999). *La construcción de los movimientos sociales.* Madrid, Alianza

LEYVA BARCIELA, Elba (2004). *Identidad y cultura organizacional.* En: Universidad de la Habana. La Habana, número 259, enero- junio, pp. 155-168.

LUCAS MARIN, Antonio, GARCIA RUIZ, Pablo (2002). *Sociología de las organizaciones.* España, Mc Graw Hill

LUCAS MARÍN, Antonio (1997). *La comunicación en la empresa y en las organizaciones.* Barcelona, Bosch

MARTÍN-BARBERO, Jesús, y SILVA, Armando (1997). *Proyectar la comunicación.* Bogotá, Tercer Mundo

MARTIN- BARBERO, Jesús (1998). *Comunicación y ciudad: Sensibilidades, paradigmas, escenarios.* En: GIRALDO, Fabio, VIVIESCAS, Fernando –compiladores-. Pensar la ciudad. Bogotá, Tercer Mundo

MARTIN- BARBERO, Jesús (2010). *Comunicación, espacio público y ciudadanía.* En: Folios, Universidad de Antioquia, Medellín, pp. 37-51

MATTELART, Armand y MATTELART, Michelet (1997). *Historia de la teoría de la comunicación.* Barcelona, Paidós

MAYNTZ, Renate (1980). *Sociología de la organización*. España, Alianza

MEDINA SALGADO, César (2007). *¿Qué son los estudios organizacionales?* En: Universidad EAFIT. Universidad EAFIT, Medellín, volumen 43, número 148, octubre-diciembre, pp. 9-24

MOLINA, José Luis (1995). *Análisis de redes y cultura organizativa: una propuesta metodológica.* En: Revista Española de Investigaciones Sociológicas, Madrid, número 71-72, julio-diciembre, pp. 249-263

MORA Y ARAUJO, Manuel, et.al (2001). *La Comunicación es servicio: Manual de comunicación para organizaciones sociales.* Argentina, Ediciones Granica

PARRA, Marcela (2005). *La construcción de los movimientos sociales como sujetos de estudio en América Latina.* En: Athenea Digital. Número 8. Otoño

REGUILLO, Rossana –Edit- (1994). *Comunicación, sentido y vida cotidiana.* México, Iteso

REGUILLO, Rossana (2003). *Las culturas juveniles, un campo de estudio. Breve agenda para la discusión.* En: Revista Brasilera de Educación. Sao Paulo, número 23, mayo- agosto, pp. 103-118

RIECHMANN, Jorge, FERNANDEZ BUEY, Francisco (1995). *Redes que dan libertad: Introducción a los nuevos movimientos sociales.* Barcelona, Paidós

RITZER, George (2002). *Teoría sociológica moderna.* México, Mc Graw Hill

RUCHT, Dieter (1999). *El impacto de los contextos nacionales sobre la estructura de los movimientos sociales: Un estudio comparado transnacional y entre movimientos.* En: MC ADAM, Dough, MC CARTHY, John D., y ZALD, Mayer N- editores-. Madrid, Ediciones Istmo

RUIZ, Violeta (2004). *Organizaciones comunitarias y gestión asociada: una estrategia para el desarrollo de ciudadanía emancipada.* Argentina, Paidós

SANTANA RODRIGUEZ, Pedro (2005). *Sociedad civil, movimientos sociales y poder político en el marco de la globalización.* En: Revista Foro. Bogotá, número 52, enero-febrero, pp. 89-98

TARROW, Sidney (1997). *El poder en movimiento: Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política.* Madrid, Alianza

TARROW, Sidney (1999). *Estado y oportunidades: la estructuración política de los movimientos sociales.* En: MC ADAM, Dough, MC CARTHY, John D., y ZALD, Mayer N- editores-. Madrid, Ediciones Istmo

TORRES CARRILLO, Alfonso (2004). *Organización y participación social y comunitaria: Una aproximación conceptual.* En: Organización y participación social en Colombia. ARIAS, Luis Alberto, et.al. Bogotá, Fundación Universitaria Monserrate

TORRES CARRILLO, Alfonso (2006). *Organizaciones populares, construcción de identidad y acción política.* En: Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud. Universidad de Manizales, Manizales, volumen 4, número 2, julio-diciembre, pp. 1- 22

TORRES CARRILLO, Alfonso (2007). *Identidad y política de la acción colectiva: organizaciones populares y luchas urbanas en Bogotá 1980-2000.* Universidad Pedagógica Nacional. Bogotá, Editorial Nomos

TOURAINE, Alain (1997). *El sujeto democrático: las concepciones liberal, revolucionaria y social de la democracia.* En: Claves de razón práctica. España, número 76, octubre, pp. 6-14

URICOECHEA, Fernando (2002). *División del trabajo y organización social: Una perspectiva sociológica.* Bogotá, Norma

VALENZUELA ESPINOZA, Iván (1997). *Consideraciones epistemológicas de la teoría sociológica de la organización.* En: Revista de Ciencias Sociales, Universidad Arturo Prat, Chile, número 7, pp. 62-71

VALENZUELA ESPINOSA, Iván (2002). *Modernidad, teoría social y organización: Reflexiones sobre antiguos desencuentros y nuevos encuentros.* En: Revista de Ciencias Sociales, Universidad Arturo Prat, Chile, número 12, pp. 93-107

VALENZUELA FUENTES, Katia (2007). *Colectivos juveniles: ¿inmadurez política o afirmación de otras políticas posibles?* En: Última Década. Revista del Centro de Investigación y Difusión Poblacional de Viña del Mar, Chile, número 26, julio, pp. 31-53

VARGAS, José Guadalupe (2003). *Teoría de la acción colectiva, sociedad civil y los Nuevos Movimientos Sociales en las nuevas formas de gobernabilidad en Latinoamérica.* En: Espacio abierto: Cuaderno Venezolano de Sociología, Universidad del Zulia, volumen 12, número 4, octubre-diciembre, pp.523-537

VILLASANTE, Tomás -Coord.- (1994). *Las ciudades hablan: identidades y movimientos sociales en seis metrópolis latinoamericanas.* Bogotá, Tercer Mundo

ZALPA, Genaro (2002). *La cultura en las organizaciones empresariales.* En: Estudios sobre la cultura contemporánea. Universidad de Colima, México, volumen 8, número 15, junio, pp. 9-33.

1. La existencia de un área de conocimiento para el estudio de las organizaciones se justifica ampliamente, y resulta absolutamente necesaria, porque las organizaciones se extienden a todos los aspectos de la vida contemporánea y es necesario sustituir el conocimiento intuitivo por el conocimiento derivado del estudio científico y sistemático (Robbins, 1987 citado por De Val Pardo, 1997: 65). [↑](#footnote-ref-1)
2. Modos de estar “nuevos en la medida en que, hasta no hace muchos años, el mapa cultural de nuestros países era el de miles de comunidades culturalmente homogéneas pero aisladas, dispersas, casi incomunicadas entre sí y muy débilmente vinculadas a la nación. Hoy el mapa es otro” (Martin-Barbero, 1998: 46). [↑](#footnote-ref-2)
3. Medina se basa fundamentalmente en el libro ‘Ensayos Críticos para el estudio de las organizaciones en México’ escrito por Eduardo Ibarra Colado y Luis Montaño Hirose. [↑](#footnote-ref-3)
4. “La teoría administrativa, en cuanto discurso ideológico, produce ella misma su propia realidad fantasmal – la organización -, a la que le atribuye una naturaleza, una estructura y unas leyes que en realidad no tiene”. (Cruz Kronfly, 2002: 116) [↑](#footnote-ref-4)
5. “Cuando una idea se pone de moda, surgen dos problemas. En primer lugar, bajo el efecto del entusiasmo, se corre el peligro de olvidar las raíces históricas y científicas (…) aquellos decenios de investigaciones y publicaciones en el dominio de la sociología, la antropología y la etnografía. En segundo lugar, y aún bajo el efecto del entusiasmo, también se corre el peligro de olvidar que las modas pasan rápido. En ambos casos, el peligro es el mismo: no ver toda la riqueza de una idea y privarse así de toda la complejidad y diversidad de lo que hubiera podido enseñarnos”. (Abravanel, 1992: XVII). [↑](#footnote-ref-5)
6. A través del enfoque del comportamiento colectivo (*collective behaviour approach)* en el que se combinan el interaccionismo simbólico de Blumer, desde lo microsociológico; y el funcional estructuralismo de Parsons, desde lo macrosociológico. [↑](#footnote-ref-6)
7. “Cuando la organización de un movimiento (*social*) escoge símbolos con los que enmarcar su mensaje, establece un curso estratégico entre su entorno cultural, sus oponentes políticos y los militantes y ciudadanos de a pie cuyo apoyo necesita”. (Tarrow, 1997: 216) [↑](#footnote-ref-7)